

Filosofía, currículo y universidad: hacia un humanismo que trascienda el discurso

López Calva, Juan Martín

1991

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/4309>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

FILOSOFÍA, CURRÍCULO Y UNIVERSIDAD; HACIA UN HUMANISMO QUE TRASCIENDA EL DISCURSO

J. MARTÍN LÓPEZ CALVA *

Por su mismo origen histórico, la universidad parece estar intrínsecamente ligada al humanismo, de tal manera que oír hablar de humanismo universitario es algo que resulta natural y aparentemente nada novedoso. Muchas instituciones de educación superior hablan insistentemente de humanismo, y mencionan como objetivo fundamental de su quehacer la formación humana integral de sus estudiantes.

Sin embargo, es importante darnos cuenta de las múltiples connotaciones de este concepto y de la amplia gama de significados que puede tener la mencionada *formación humanista*, dependiendo de la orientación teórica y práctica de cada universidad.

Porque en el momento histórico que vivimos, divididos entre el dominio de la tecnología y la desilusión de la tecnología; entre los adelantos de la ciencia y las promesas no cumplidas por la ciencia; entre el sueño de la razón y los monstruos que, como bien advertía Goya, ha engendrado (Yáñez, 1979), el humanismo puede quedarse tan sólo en una estrategia publicitaria, atractiva porque ofrece una aparente alternativa, o ser simplemente la postura "intelectual" de moda, o la utopía con la que sueñan los bien intencionados, o el analgésico que alivia por momentos los dolores del sinsentido de la vida moderna, etcétera.

Éste debe ser el primer reto al que se enfrente cualquier universidad que se defina como humanista: plantear claramente lo que

* Director de Integración Universitaria; Universidad Iberoamericana-Golfo Centro.

entiende por humanismo y las razones profundas por las que adopta esta postura en un momento histórico como el actual. Una universidad humanista debe tener como base una sólida definición filosófica que oriente su quehacer y justifique su ser en un contexto sociocultural determinado.

De este marco filosófico debe nacer entonces la estructura del currículo de la institución, entendido éste no solamente como una organización de materias, temas y contenidos de aprendizaje, sino tal como se define hoy, como la totalidad de actividades, medios, relaciones y finalidades explícitas o implícitas en el proceso de enseñanza-aprendizaje (Pansza, 1987).

Además esta definición filosófica debe normar la estructuración del currículo y reflejarse en la estructura institucional, en su papel dentro del sistema educativo y en la sociedad de la que forma parte.

De la coherencia de la universidad en estos tres ámbitos fundamentales, dependerá un auténtico humanismo que trascienda el discurso e incida en la transformación real de la sociedad a la que pretende servir.

A. *“Nada de lo humano me es ajeno”; hacia una definición*

El primer aspecto que hay que distinguir para acercarnos a una definición es la distinción entre humanismo y humanidades. Bazdresch (1988) nos advierte que se puede dominar la teoría de las ciencias humanas y estar muy lejano de ser humanista. No basta, pues, con estudiar humanidades; se requiere de una actitud que nace de la convicción profunda en la dignidad y la riqueza del ser humano para pasar de ser un simple “técnico en Humanidades” a ser un auténtico humanista.

Por tanto una universidad humanista no es la que tiene los mejores cursos y profesores de humanidades, sino la que tiene como eje fundamental de su quehacer reflexivo, crítico, formativo y pragmático, la pregunta acerca del ser del hombre.

Esto supone que existan en el currículo materias o seminarios en los que se presente teóricamente este problema, pero trasciende lo curricular y debe ser el punto de partida de todo el quehacer universitario.

Esta preocupación de la universidad por proponer y discutir la pregunta por el ser del hombre, corre el riesgo de convertirse en *indoctrinación* (Bazdresch, 1990). Para evitarlo, la universidad debe,

sin caer en la ingenua pretensión de la objetividad e imparcialidad absolutas tratar, como lo propone el mismo Bazdresch, de encontrar un método que parta de la experiencia propia de cada sujeto y que lo haga descubrir esas preguntas que ya están en su interior, asumirlas y tratar de encontrar respuestas libres y conscientes. Pero más allá del método, la pregunta acerca del hombre debe ser presentada desechando de antemano cualquier dogma o imagen preconcebidos y distinguiendo claramente los aspectos culturales, sociales e históricos (categoriales) del sujeto, de aquellas exigencias transculturales y transhistóricas propias del ser humano como totalidad (trascendentales) y que se van actualizando históricamente y por lo tanto de manera limitada.

La investigación reflexiva de estas exigencias trascendentales del ser humano es la que puede salvar del peligro de la indoctrinación y abrirnos a un horizonte ilimitado de búsqueda honesta y plural de respuestas a la pregunta acerca del hombre. El sujeto concreto de esta búsqueda es la humanidad entera en "el instante de su ser que es todo tiempo" (Lonergan, 1988).

Abordar el problema del hombre en su compleja totalidad lleva necesariamente a buscar estas exigencias que pueden ser, vistas desde el interior del hombre, los imperativos antropológicos que señala la Filosofía Educativa de la Universidad Iberoamericana (1985): Sé creativo, sé crítico, sé libre, sé solidario; integra tu afectividad, ábrete a lo ilimitado.

La manifestación externa de estos imperativos antropológicos se traduce en los ejes fundamentales que la reforma académica de la Universidad Iberoamericana define como característicos de la actitud humanista: El pensamiento ordenado y crítico, la clara expresión oral y escrita, el planteamiento y la respuesta consciente de las preguntas básicas acerca del hombre, la conciencia histórica, la auténtica experiencia estética y la cooperación social responsable y comprometida.

Estos imperativos antropológicos y las actitudes que de ellos emanan, pueden considerarse como exigencias transhistóricas y transculturales que se actualizan de manera diversa conforme al horizonte sociocultural que se viva.

La universidad humanista debe plantearse seriamente la manera en que estas exigencias fundamentales se traducen tanto en su currículo como en la organización y presencia institucional concretas. De lo contrario, el humanismo seguirá viviendo cómodamente en el discurso y el humanismo no será realidad.

- B. *“Se puso a desprender, una tras otra, las capas de la cebolla, y decía: ¡He de encontrar la verdadera cebolla, He de encontrarla!”* (Sabines Jaime)

El pensamiento crítico es uno de los ejes fundamentales de la formación universitaria. La capacidad del hombre por trascender la simple repetición de conceptos y llegar a la afirmación responsable de juicios verdaderos, es prácticamente lo que define al quehacer universitario. La búsqueda de la verdad hace que el hombre se abra a la realidad, saliendo de sí mismo.

Es por ello que la universidad debe buscar, antes que nada, la traducción de este principio en su organización curricular. Es tiempo ya de dejar atrás la formación memorística y pasiva para alentar en los alumnos el pensamiento propio y la búsqueda y afirmación de la verdad. Esto compromete; quizá por eso sea más fácil la concepción de educación como simple transmisión de información. La “educación bancaria” (Freire, 1985), sigue siendo en muchas aulas universitarias una triste realidad cotidiana.

Pero aun si la crítica llegara a todas las aulas de la universidad, este aspecto del humanismo estaría incompleto si no trascendiera los muros institucionales. La universidad toda debe estar involucrada en la sociedad, de tal manera que la reflexión académica, el análisis de la realidad y el quehacer cotidiano la conviertan en una conciencia crítica del entorno en el que se desenvuelve. Una universidad encerrada en sí misma, una universidad que se concrete a formar mano de obra o a capacitar cuadros que perpetúen la injusticia, no puede llamarse humanista.

- C. *“La canción no es el canto, al canto lo conocen los mudos”*
(Sabines, Jaime)

El pensar críticamente lleva necesariamente a la expresión correcta y honesta de lo que se descubre y de lo que se es. La universidad debe traducir en el currículo esta necesidad de expresión no solamente con materias que de manera más o menos tediosa transmitan reglas del lenguaje. La universidad debe promover la palabra, hacer que todos sus miembros la comprendan y se apropien de ella. La universidad debe promover el amor por la palabra, que es lo que da sentido a la interacción humana, lo que permite al hombre nombrar al mundo y tener un nombre para sí. La palabra debe ser el arma del univer-

sitario, fruto del pensamiento, el discurso plural que respeta y afirma, la palabra que anuncia y denuncia, la que enamora y compromete, la que imprime con su sello todo lo humano.

Pero al mismo tiempo que la universidad otorga la palabra a todos sus miembros y se compromete a respetar el derecho a la libre expresión de las ideas, debe tomar la palabra y asumir su compromiso social. Participar en la vida de la comunidad, aportar ideas, generar palabras nuevas, ser la voz de la razón y la conciliación, es la muestra de un auténtico humanismo universitario. Palabra libre de dogmatismos o apasionamientos, palabra que genera luz, voz que habla claro. La universidad debe ser un espacio de expresión y una voz de la inteligencia de cualquier sociedad.

D. *“¿Creíste que podías burlar a tu destino?... Tu cadáver te ha de alcanzar, no tengas cuidado”* (Sabines, Jaime)

En este tiempo en el que el sinsentido parece ser el sentido, con la desilusión a cuestas y la postmoderna negación de cualquier respuesta a la existencia del hombre que no sea la del aquí y ahora, es fundamental que la universidad plantee seriamente y sin dogmatismos las preguntas fundamentales por el sentido de la existencia humana. Nunca como hoy el universitario ha sido libre; nunca como hoy ha necesitado tanto encontrar un sentido a su existencia. Inmerso en la cultura de la imagen, que plantea en el fondo un vivir para el consumo, en lo inmediato, en lo efímero, el universitario de hoy necesita plantearse seriamente la pregunta por la trascendencia. Envuelto en la amoralidad irresponsable, el joven de hoy necesita plantearse la pregunta por el bien para encontrarse consigo mismo, más allá de toda receta moralista. Envuelto en el escepticismo y el subjetivismo, el universitario necesita preguntarse por la verdad. Víctima o cómplice de la enorme desigualdad, el joven de hoy tiene que enfrentar la pregunta por la justicia. Todas estas preguntas deben ser parte integral de currículo universitario, no en ciertas materias ni con determinados profesores, sino en cada momento de su estancia en la universidad.

Pero además de esto, la universidad debe tener muy clara una respuesta acerca del problema del hombre, y sin imposiciones someterlo a reflexión, exponerlo, defenderlo ante la sociedad y comprometerse en la búsqueda de respuestas que reconozcan la dignidad de la persona y promuevan su crecimiento integral. La universidad debe ser una instancia que genere nuevas respuestas acerca del

hombre, pero también nuevas interrogantes que fomenten la comprensión cada vez más cabal de la realidad humana y el respeto a los derechos fundamentales del ser humano.

Al sinsentido de la sociedad, oponer un sentido pleno; al fanatismo y la incomprensión, el diálogo; al escepticismo, el compromiso por buscar la verdad; al inmediatismo, la búsqueda de lo ilimitado.

E. “¿Cuál es la diferencia entre los dos o tres días de la mosca y los doscientos años de la tortuga?” (Sabines, Jaime)

Gran parte de lo que libera al hombre de prejuicios e ideologías mutilantes y posibilita la adquisición de una auténtica identidad social y cultural, es el advenimiento de la razón histórica (Cacho, 1990). La adquisición por parte del hombre de la conciencia de su temporalidad y limitación, hace que se adquiera otra perspectiva de los acontecimientos y se empiece a descartar cualquier dogmatismo fanático.

Cualquier universidad que busque el humanismo deberá introducir en su currículo elementos que posibiliten a sus alumnos la adquisición de una verdadera conciencia histórica. No se trata solamente de incluir materias de historia sino de propiciar, por un lado, que todos sus planes de estudio y actividades respondan al momento histórico que se vive, y que todas las actividades le permitan ubicar su labor en la perspectiva del enriquecimiento continuo que representa el saberse heredero de un pasado y colaborador en la construcción del futuro. Aprender la herencia cultural propia hará del universitario una persona ubicada en su realidad y consciente de sus alcances y límites, sabiendo siempre que todo su saber es fruto de la riqueza de la humanidad y que todo lo que haga tendrá que respetar el pasado y contribuir a acrecentar esa herencia, sin necesidad de dialectizar con un horizonte diverso al propio, desde significados muy lejanos a la experiencia de sus antepasados.

La conciencia social, además, enriquece la perspectiva del universitario haciéndolo consciente de su compromiso vital en el horizonte sociocultural que le tocó vivir.

Además de esta traducción al currículo, la universidad como institución debe asumir el papel histórico que le corresponde, sabedora de la gran riqueza cultural que le antecede y comprometida en la construcción de una mejor sociedad.

Si no se asume este papel histórico se corre el riesgo de vivir cobijados en el pasado, pretendiendo mantener vigente un momento

ya superado, o soñar con un futuro que aún no llega, evadiendo la responsabilidad actual y luchando por ideales que no corresponden al contexto del tiempo presente.

F. *“Te dicen descuidado porque ellos están acostumbrados a los jardines, no a la selva”* (Sabines, Jaime)

No hay humanismo universitario sin capacidad de comprensión de la *belleza*. En el centro del problema del hombre de todos los tiempos está su infinita sensibilidad, su ansia de trascender recreando al mundo, interpretando libremente sus sueños; atrapar el universo en un poema, sintetizar la vida en mágicos colores.

La comprensión de la sensibilidad del hombre a la belleza no puede traducirse a lo curricular como una serie de enseñanzas de arte, algunos grupos musicales o de teatro y dos o tres exposiciones al año. La auténtica comprensión del fenómeno estético debe manifestarse en que la misma vida universitaria se convierta en una emocionante experiencia de continuo contacto con la belleza. Más que obras maestras, se requieren actitudes y emociones. Generar admiración por la belleza, más allá del arte: en la naturaleza, en los seres humanos, en el dolor; en la vida humana existe la tristeza.

La universidad debe ser una institución generadora de experiencias estéticas no sólo desde el punto de vista de difusión del arte, sino de reflexión y apropiación de la ciudad en la que se sitúa: llena de belleza urbana, espacio que canaliza talentos, lugar que impulsa una nueva sensibilidad cada vez menos comercial y más auténtica. La universidad misma como espacio proveedor de bellos sueños a la comunidad.

G. *“Más que triste, es sucia. La pobreza ensucia la casa, la cama, el cuerpo y el alma...”* (Sabines, Jaime)

El humanismo enfoca como punto central el problema del hombre, que es el de todos los hombres. Contradiendo a muchos autores, podemos afirmar que no existe el hombre que viva absoluta y únicamente para sí. Aunque necesite soledad y muera solo, la paradójica realidad del hombre es su vocación por los demás. Su responsabilidad, su vivencia en sociedad.

La universidad debe comprometerse a estructurar sus currícula de tal modo que facilite la participación de todos en la construcción del bien común. Esto no significa un simple servicio social de seis o

nueve meses, sino la firme convicción de que se debe ir erradicando la educación egoísta e individualizante que genera la competencia en lugar de la solidaridad. Mientras esto perdure, mientras la universidad siga siendo un espacio aislado, un ámbito protector que evita a sus miembros afrontar la realidad, no se podrá hablar de formación humanista.

Pero no basta con tratar de integrar lo social al currículo de la manera más seria posible. La universidad misma debe ser un agente de cambio social, impulsora de sus alumnos, y de todos sus miembros, a la orientación de su profesión en beneficio de los que más lo necesitan.

El estudio minucioso y crítico de la realidad social en que se vive, y la búsqueda de alternativas para generar bienestar, pueden ser la guía que oriente a los alumnos a prepararse cada vez mejor.

No se puede hablar de humanismo si se cuenta con una institución que sirve solamente para generar la reproducción del sistema socioeconómico vigente con toda su injusticia (Bordieu, 1981). Las instituciones educativas deben generar agentes de transformación de la realidad.

La educación tiene serias dimensiones políticas y tanto maestros como alumnos universitarios deben asumirlas, ser militantes de la verdad, la inteligencia y la justicia, e ir buscando generar opciones para redistribuir más equitativamente los bienes.

Si la universidad no se compromete con la sociedad en la que vive, si no genera "hombres y mujeres para los demás", toda la reflexión que haga en sus aulas respecto al hombre perderá sentido; será simplemente un discurso y no contribuirá al mejoramiento de la vida humana.

El humanismo universitario será realidad cuando exista coherencia entre lo que se persigue y lo que se hace.

H. *"Como ahora no hay maestros ni alumnos, el alumno preguntó a la pared: ¿Qué es la sabiduría? Y la pared se hizo transparente"* (Sabines, Jaime)

Un auténtico humanismo universitario debe partir de la transparencia entre filosofía institucional, currículo y estructura, y presencia de la universidad en el ámbito social que le corresponde. El compromiso fundamental con el hombre asegura que no se pueda dejar de lado ninguno de estos tres aspectos.

Acción sin fundamento filosófico es, simplemente, engaño y pragmatismo sin fondo. Filosofía sin currículo es letra muerta y mero

ejercicio teórico. Pero filosofía y currículo más o menos estructurado, sin una praxis global comprometida con los principios del humanismo, puede convertirse en ejercicio desgastante de personas con buena voluntad; sueño al que no se llega nunca, abstracción sin vida.

Una praxis realmente humanista supone estos tres niveles en la organización general de la universidad y en el enfoque que adquieran sus funciones básicas de docencia, investigación y extensión de la cultura.

Una docencia que enseñe con el testimonio, que encarne los significados del humanismo, que asuma los valores propuestos en la Filosofía, que facilite la expresión, la búsqueda de la verdad, la conciencia histórica y social, la reflexión acerca del hombre, sin importar la materia de que se trate.

Una docencia en la que desaparezcan el poder y la arbitrariedad, la pasividad y la memoria excesiva, la falta de preguntas y la abundancia de respuestas hechas, la indisciplina o el miedo, el desacierto y los desconciertos.

Una investigación más apegada a lo humano, que busque los significados más que las teorías o las leyes generales. Una investigación que más que medir, comprenda; más que juzgar, coopere; más que buscar fama, construya humanidad.

Una investigación más humana y menos ortodoxa; cualitativa y descriptiva más que prescriptiva y cuantitativa.

Una labor de extensión y difusión, con más criterio social e histórico que económico; más orgánica e integrada al quehacer de los universitarios, que haga realmente partícipes de la cultura superior objetiva a todos aquellos que la necesitan más que a los que buscan justificar su historia.

Todo esto es aparentemente contradictorio con una sociedad pragmática y consumista, que orilla a buscar un papel que legitime la capacidad para producir. La conciencia parece reñir con la eficiencia; el cómo con el para qué; la máquina y el ruido con el texto y la palabra; la preparación profesional con el crecimiento humano. En fin, una universidad humanista suena bien, mientras "no se lo tome tan en serio" y, sin embargo, la realidad parece estar cada vez más necesitada de este humanismo: el del hombre auténtico y limitado, para reencontrar el rumbo que se perdió en aquel otro humanismo, el del hombre que creyó encontrar en su razón, la razón del universo y de la historia.

"Empieza a caminar, todo es cuestión de que empieces a caminar. ¿Qué muro podrá detener al parálítico, qué abismo?" (Sabines, Jaime).

Bibliografía

- BAZDRESCH, Juan: *¿Cómo hacer Operativa la Formación en la Universidad?* México: Universidad Iberoamericana, 1988.
- : *¿Por qué y cómo un área de Integración en el Currículo Universitario?* México: Universidad Iberoamericana, 1990.
- BORDIEU, Pierre y Jean CLAUDE PASSERON: *La Reproducción*. Barcelona: Laia, 1981.
- CACHO VÁZQUEZ, Javier: *Introducirnos en la Historia*. Apuntes para el Posgrado en Humanismo Universitario (inédito), 1990.
- FREIRE, Paulo: *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI, 33ª edición, 1985.
- GUTIÉRREZ, Francisco: *Educación como Praxis Política*. México: Siglo XXI, 3ª edición, 1988.
- LONERGAN, Bernard: *Método en Teología*. España: Sígueme, 1988.
- PANSZA, Margarita: *Pedagogía y Currículo*. México: Gernika., 1988.
- SABINES, Jaime: "Como Pájaros Perdidos". En: revista *El Paseante*. Núms. 15-16. Madrid, pp. 46-49.
- Universidad Iberoamericana: *Ideario*. México, 1968.
- Universidad Iberoamericana: *Filosofía Educativa*. Autor. México, 1985.
- YÁÑEZ, Adriana: *El Movimiento Surrealista*. Joaquín Mortiz. México, 1979, p. 41.